[aula abierta]

[aula abierta]

aula abierta 39
Sección del Suplemento Cultural
Tres Mil en apoyo a los programas
de Lenguaje y Literatura de Educación
Media del Ministerio de Educación
| Diario Co Latino |
| sábado 7 de noviembre de 2009 |
San Salvador, El Salvador, Centroamérica
Responsable: Vladimir Baiza

aula abierta aula abierta aula abierta aula abierta aula abierta aula abierta aula abierta aula abierta aula abierta aula abierta aula abierta aula abierta

Primer año de Bachillerato

La Generación de la Guerra Civil española: León Felipe

COMO TÚ

Así es mi vida,
piedra,
como tú. Como tú,
piedra pequeña;
como tú,
piedra ligera;
como tú,
canto que ruedas
por las calzadas
y por las veredas;
como tú,
guijarro humilde de las carreteras;
como tú,
que en días de tormenta
te hundes
en el cieno de la tierra
y luego
centelleas
bajo los cascos
y bajo las ruedas;
como tú, que no has servido
para ser ni piedra
de una lonja,
ni piedra de una audiencia,
ni piedra de un palacio,
ni piedra de una iglesia;
como tú,
piedra aventurera;
como tú,
que tal vez estás hecha
sólo para una honda,
piedra pequeña
y
ligera...

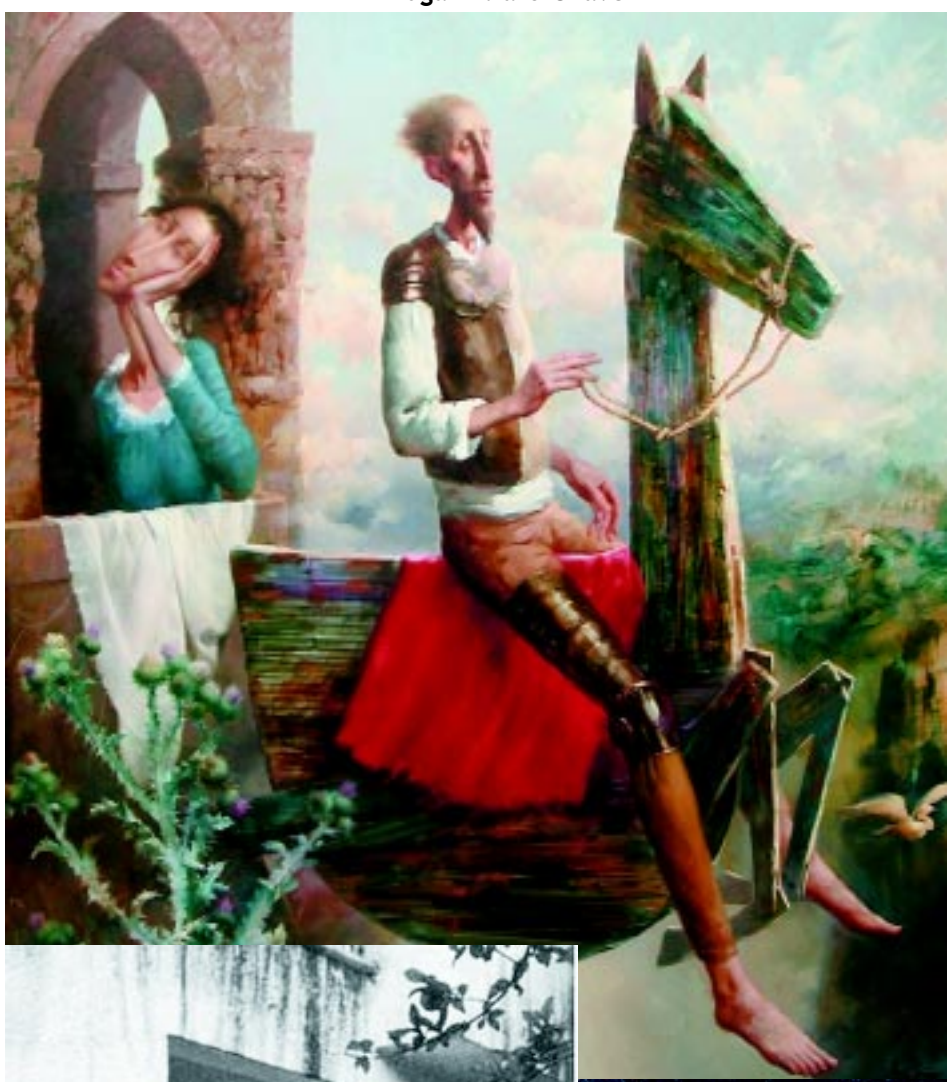
León Felipe

****

« Viajero y trashumante, lleva a distantes rincones, su voz y su protesta; su denuncia y su proyección. Es una conciencia que arde, declama y conmueve. Al día siguiente, lejos, continuará su prédica infatigable. Hasta los más insensibles, sienten electrizados, los fustigazos del poeta que no tiene otro camino que el de su Patria herida y lacerada ».

Sobre León Felipe, Página 2.

Edgar Alfaro Chaverri



León Felipe, autor de la época de la Guerra Civil española. Aparece, a la derecha del recuadro un busto con su firma y a la izquierda con el escritor Max Aub. Arriba aparece una pintura alegórica a los temas de León Felipe: *La Locura del Quijote* o *El payaso de las bofetadas*, del autor Álvaro Reja. León Felipe vivió y murió en el exilio, haciendo de México su segunda patria.

León Felipe.
Breve detalle de su vida y de su obra

« Versos y Oraciones de Caminante, es el primer libro de poemas de León Felipe, editado en Madrid en 1920. En una de sus primeras páginas, encontramos los siguientes versos:

Ser en la vida romero,
romero solo que cruza siempre por caminos nuevos.
Ser en la vida romero
sin más oficio, sin otro nombre y sin pueblo.
Ser en la vida romero... sólo romero.
Que no hagan callo las cosas ni en el alma ni en el cuerpo,
pasar por todo una vez, una vez solo y ligero,
ligero, siempre ligero...

El vivo deseo de viajar que alienta en los versos citados, obliga al biógrafo de León Felipe, cuyo nombre completo es *Felipe Camino Galicia de la Rosa,* a seguirlo en el incesante deambular por los amplios y ásperos caminos del mundo.

Nacido el 11 de abril de 1884 en Tábara, pueblo de la provincia de Zamora, España. En 1886, su familia se traslada a Sequeros, en Salamanca, lugar que mayores recuerdos graba en la mente del poeta. Iniciados en ésta sus estudios, los proseguirá en Villacarriedo, para terminarlos en Santander en el año de 1900.

En aquella época, el Instituto Santanderino tenía un cuadro escénico formado exclusivamente por estudiantes. León Felipe ingresa al mismo convirtiéndose, a poco andar, en el director de sus condiscípulos.

Perentorias exigencias familiares le obligan a matricularse en Farmacéutica, carrera corta que pedía escasa dedicación y que sólo podía cursarse en Madrid. Lejos de las oposiciones familiares tendrá oportunidad de asistir a toda representación teatral, dando libre curso a sus inclinaciones naturales. Los guiones y las lecturas de los clásicos le impresionan con profundidad, entrando en contacto con la poesía y la amplia gama de belleza que ella encierra.

Terminada la carrera de farmacéutico poco después de la muerte de su progenitor, vuelve a Santander a ejercerla. A la vez, sostener a su madre y sus hermanas. Desplazado por la enorme competencia profesional se instala en Balmaceda, provincia de Vizcaya, donde vive largos años, hasta que su familia cesa de requerirlo como sostén económico.

Liberado de compromisos familiares, León Felipe solicita su ingreso a la compañía teatral de Tallaví, famosos actor que sólo se rodeaba de los mejores elementos; con él hará su aprendizaje profesional en las tablas.

Aburrido de representar personajes secundarios,

aún cuando lo hiciera al lado de primeras figuras, ingresa a la Compañía de Juan Espantaleón convirtiéndose en *"cómico de la legua"*, recorriendo todos los pueblos y ciudades de España y Portugal, conociendo gentes y lugares representativos de la compleja mezcla que constituye la Hispanidad.

En 1916 decide abandonar el teatro. En lo íntimo, ha madurado. La poesía y su impulso creador encontrarán un nuevo cauce. Al tiempo que borronea y se prepara, trabaja como encargado de Farmacia en diversos pueblos, usando cada minuto disponible para leer la obra poética clásica y moderna, logrando empaparse en el humanismo de los autores españoles de principio de siglo.

Los inviernos suele pasarlos en Madrid, donde frecuenta el teatro y las tertulias literarias. En ella irá presentando sus *Versos y Oraciones de Caminante*, maduradas en el silencio de las provincias.

De tal modo, en el invierno de 1919, entrega los manuscritos a Enrique Diez Canedo, escritor y crítico de la Revista *"España"*. Éste, impactado, prepara la primera edición, anunciándola profusamente en tal órgano de difusión. A la vez, publica algunos poemas del vate.

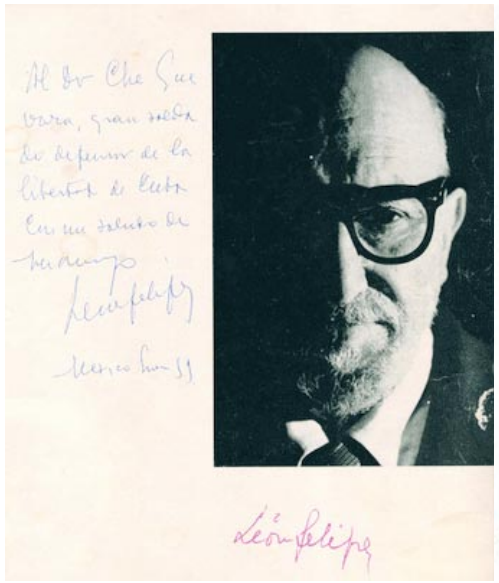
La aparición del libro da lugar a críticas elogiosas. También, a comentarios adversos y mordaces. Surgía el advenimiento de uno de los más controvertidos poetas españoles...

A la edición de sus poemas, en 1920, sigue el ofrecimiento de un empleo en la Guinea Española, colonia en África del Norte. Residirá en Fernando Poo hasta 1922 trabajando como administrador de los hospitales del Golfo de Guinea. Su espíritu aventurero e inquieto lo lleva a embarcarse, en Cádiz, con rumbo a Veracruz, luego de fugaces vacaciones en Madrid en instantes en que debía regresar a sus ocupaciones profesionales en África.

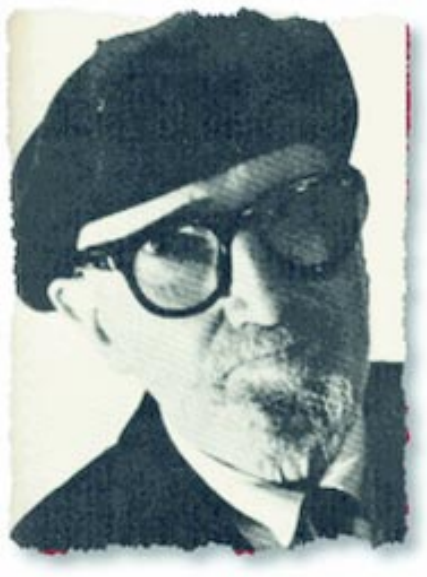
Su profunda amistad con Alfonso Reyes, le abre los círculos literarios más connotados de la ciudad de México, donde reside hasta 1924, oportunidad en que viaja a Estados Unidos para contraer matrimonio con la profesora mexicana Berta Gamboa. En la Universidad de Columbia aprovechará para cursar estudios magisteriales, ingresando, con posterioridad, al cuerpo docente de la Universidad de Cornell, en la que permanece hasta 1929, dando a la imprenta su segundo libro de *Versos y Oraciones de Caminante*.

Al año siguiente retorna a México, donde publica *Drop a Star (Eche una Estrella)*. Pronto, vuelve a España, lugar que lo encontrará siempre inquieto hasta 1933, época en que regresa a Norteamérica para

León Felipe, todo un luchador social



dedicatoria de león felipe



enseñar en la Universidad de Las Vegas.

Viajero incansable, pasa a México para enseñar en la Universidad citadina al tiempo que se encarga del cuadro dramático radiofónico de la Secretaría de Educación Pública; en 1934 está de regreso en España; en 1935 se le nombra Agregado Cultural de la Embajada española en Panamá.

Al estallar la Guerra Civil, abandona las cálidas tierras centroamericanas para unirse a las fuerzas republicanas en Madrid; Valencia y Barcelona son puntos de referencia en la creación de algunos poemas del período bélico de León Felipe que expresan su angustia y su desesperación ante el genocidio que vive su Patria.

En 1938 llega a México, incorporándose a la *Casa España*. Será su residencia más permanente, lo que no disminuye su viajar constante que incluye visitas a cada uno y todos los países latinoamericanos donde muchedumbres, enfervorizadas, se congregan para escuchar los discursos y poemas vibrantes, plenos de protesta, del poeta peregrino, embebidos del drama español de la época.

De los iniciales *Versos y Oraciones de Caminante*, a los finales poemas de este *Pobre y Roto Violín* existe una amplia producción... *Ganarás la Luz, Español del Éxodo y del Llanto, Oídme Republicanos, EL Hacha, El Gran Responsable* son un reflejo de su profunda inquietud; versos doloridos y vindicativos; sólidos humanos; motivos y profundidades vitales van desgranándose y transformándose, en voces incitantes y polémicas.

El poeta, a su juicio, no sólo debe ser espectador pasivo; mucho menos sirviente de una orientación acomodaticia; debe encarnar, en profundidad, expresiones colectivas, reflejo del heroísmo y sacrificio, proyectadas en concreciones diarias... "*yo no soy más que una voz, la tuya, la de todos, -la más genuina, -la más general, -la más aborigen ahora, -la más antigua de esta tierra, -la voz de España que hoy se articula en mi garganta -como pudo articularse en otra cualquiera...*".

Así, el poeta no habla por sí mismo. O por ciertos hombres. Sino en representación de todos. Es la humanidad que se expresa en un desgarramiento profundo.

"*El poeta* -dice el propio Felipe- *habla desde el nivel exacto del hombre*".

Viajero y trashumante, lleva a distantes rincones, su voz y su protesta; su denuncia y su proyección. Es una conciencia que arde, declama y conmueve. Al día siguiente, lejos, continuará su prédica infatigable. Hasta los más insensibles, sienten electrizados, los fustigazos del poeta que no tiene otro camino que el de su Patria herida y lacerada.

En 1968, en Ciudad de México muere rodeado de la admiración y afecto de un pueblo que siempre lo consideró parte de sí mismo, siendo sepultado con todos los honores y respetos que se le tributan a los mexicanos más distinguidos.

La temática de León Felipe, poeta íntegro luego de cumplidos sus treinta años, tiene madurez estructural absoluta. Ella se expresa desde el momento mismo en que publica sus primeros versos. En lenguaje claro, en construcción directa y en vívidas expresiones, características que trasuntan todo su quehacer literario, va ganándose un espacio preclaro en las letras contemporáneas.

La repetición fraseológica vigoriza y enlaza las ideas, marca el valor del pensamiento fundamental y sirve como de fondo rítmico a la sonoridad del verso; métrica y rima absolutas no son utilizadas pues, el poeta, considera que:

Deshacer este verso
Quitadle los caireles de la rima,
el metro, la cadencia
y hasta la idea misma.
Aventad las palabras,
y si después queda algo todavía
eso
será la poesía...

Los temas líricos y la esencia sentimental que brota de su inspiración, constituyen los asuntos tratados en los primeros poemas. El estro lírico se enriquecerá en su segunda etapa con una proyección humanista que lo convertirá en ciudadano y poeta del mundo. La Guerra Civil española le incita a buscar, encontrar y cantar la esencia de la Hispanidad eterna que, dispersa en cruel diáspora mundial, mantiene un ideal imperecedero"... Así termina el comentario de la antología de donde hemos extraído la siguiente muestra.

Poemas de León Felipe
de *Versos y Oraciones de Caminante,*
Madrid, 1920

I

Nadie fue ayer,
ni va hoy,
ni irá mañana
hacia Dios
por este mismo camino
que yo voy.
Para cada hombre guarda
un rayo nuevo de luz el sol...
y un camino virgen
Dios.

II

Deshaced ese verso.
Quitadle los caireles de la rima,
el metro, la cadencia
y hasta la idea misma.
Aventad las palabras,
y si después queda algo todavía,
eso
será la poesía.

III

Poesía,
tristeza honda y ambición del alma,
¡cuándo te darás a todos.... a todos,
al príncipe y al paria,
a todos...
sin ritmo y sin palabras.

IV

Sistema, poeta, sistema
Empieza por contar las piedras,
luego contarás las estrellas.

V

Poeta,
ni de tu corazón,
ni de tu pensamiento
ni del horno divino de Vulcano
han salido tus alas.
Entre todos los hombres las labraron
y entre todos los hombres en los huesos
de tus costillas las hincaron.
La mano más humilde
te ha clavado
un ensueño...
una pluma de amor en el costado.

VI

No andes errante...
y busca tu camino.
-Dejadme-.
Ya vendrá un viento fuerte
que me lleve a mi sitio.

De *Autorretrato*

III

Vencidos (Serrat musicó también este gran poema)

Por la manchega llanura
se vuelve a ver la figura
de Don Quijote pasar.
Y ahora ociosa y abollada va en el rucio la

León Felipe

armadura,
y va ocioso el caballero sin peto y sin espaldar,
va cargado de amargura,
que allá encontró sepultura
su amoroso batallar.
Va cargado de amargura,
que allá "quedó su ventura"
en la playa de Barcino, frente al mar.

Por la manchega llanura
se vuelve a ver la figura
de Don Quijote pasar.
Va cargado de amargura,
va, vencido el caballero, de retorno a su lugar.
¡Cuántas veces Don Quijote, por esa misma llanura
en horas de desaliento así te miro pasar!
¡Y cuántas veces te grito: Hazme un sitio en tu montura
y llévame a tu lugar;
hazme un sitio en tu montura,
caballero derrotado,
hazme un sitio en tu montura,
que yo también voy cargado
de amargura
y no puedo batallar!

Ponme a la grupa contigo,
caballero del honor,
ponme a la grupa contigo
y llévame a ser contigo
pastor.
Por la manchega llanura
se vuelve a ver la figura
de Don Quijote pasar...

V

¡Qué día tan largo!

¡Qué día tan largo
y qué camino tan áspero,
qué largo es todo, qué largo,
qué largo es todo y qué áspero!
En el cielo está clavado
el sol iracundo y alto.
La tierra es toda llanura, llanura, toda llanura, y en la llanura... ni un árbol.
Voy tan cansado
que pienso en una sombra cualquiera. Quiero descanso, descanso, sólo descanso.
¡Dormir! Y lo mismo me da ya bajo un ciprés que bajo un álamo.

De *Poemas menores*

I

No es lo que me trae cansado
este camino de ahora.
No cansa
una vuelta sola.
Cansa el estar todo un día
hora tras hora,
y día tras día un año
y año tras año una vida
dando vueltas a la noria.

II

Que se quede así ya
-desnudo y vacío- el corazón.
¿A qué vestirle de nuevo,
a qué otra vez colmarle de amor
si otra vez, al fin, ha de venir el tiempo
a llevárselo todo como un
ladrón?

III

Huyen. Se ve que huyen
vueltas de espaldas a la tierra.
Nosotros no hemos visto

León Felipe, diferentes facetas para un intelectual luchador

todavía
los ojos de una estrella.
Para buscar lo que buscamos
(¿dónde está mi sortija?) una cerilla es buena,
y la luz del gas,
y la maravillosa luz eléctrica...
Nosotros no hemos visto todavía
los ojos de una estrella.

V

¿Qué me importa que se borren
los caminos de la tierra
con el agua
que ha traído esa tormenta?
Mi pena es porque esas nubes tan negras
han borrado las estrellas.

De *Versos y Oraciones de Caminante,* Nueva York, 1929

III

Sabemos

Sabemos que no hay tierra
ni estrellas prometidas.
Lo sabemos, Señor, lo sabemos
y seguimos contigo trabajando.

Sabemos que mil veces y mil veces
pararemos de nuevo nuestro carro
y que mil y mil veces en la tierra
alzaremos de nuevo
nuestro viejo tinglado.
Sabemos que por ello no tendremos
ni ración ni salario.
Lo sabemos, Señor, lo sabemos
y seguimos contigo trabajando.
Y sabemos
que sobre este tinglado
hemos de hacer mil veces y mil veces todavía
el mismo viejo truco bufo-trágico
sin elogios
ni aplausos.
Lo sabemos, Señor, lo sabemos
y seguimos contigo trabajando...

Bien, llegamos al final de esta breve muestra poética del mesiánico León Felipe, nosotros también sabemos, como él, que para nosotros tampoco habrá "*ración ni salario, ni aplauso, ni elogio alguno*", y eso es bueno, porque lo que esperamos sencillamente, es seguir de la mano de la Literatura, de la Poesía, prendidos del excitante olor de la Vida, del Amor, del Ideal... ¿que de esto no se come, que estamos locos?, es probable, pero no olvidemos que de esto es que ha surgido el universo inclaudicable e inmortal... lo que importa después de todo, es dejar un testimonio para las nuevas generaciones, de maestros y de alumnos, de que existe por lo menos un verso, una oración, un camino, y que resplandecen con los ojos de una estrella, en el fondo de nuestro frágil y sencillo corazón... Leamos a León Felipe, y vayámonos sin miedo, a caminar junto a él...

****

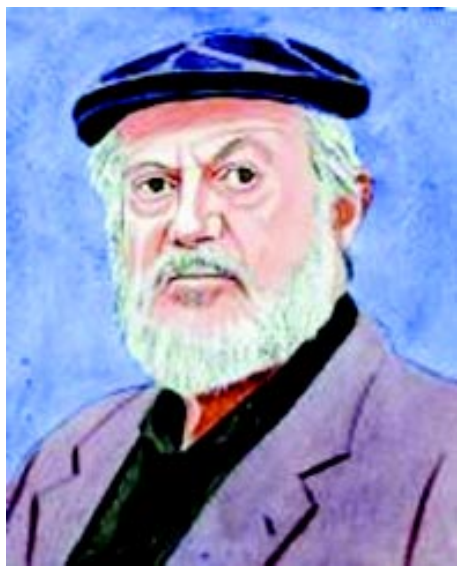
Romero solo

Ser en la vida romero,
romero sólo que cruza siempre por caminos nuevos.
Ser en la vida romero,
sin más oficio, sin otro nombre y sin pueblo.
Ser en la vida romero, romero..., sólo romero.
Que no hagan callo las cosas ni en el alma ni en el cuerpo,
pasar por todo una vez, una vez sólo y ligero,
ligero, siempre ligero.

Que no se acostumbre el pie a pisar el mismo suelo,
ni el tablado de la farsa, ni la losa de los templos
para que nunca recemos
como el sacristán los rezos,
ni como el cómico viejo
digamos los versos.
La mano ociosa es quien tiene más fino el tacto
en los dedos,
decía el príncipe Hamlet, viendo
cómo cavaba una fosa y cantaba al mismo tiempo
un sepulturero.
No sabiendo los oficios los haremos con respeto.
Para enterrar a los muertos
como debemos
cualquiera sirve, cualquiera... menos un
sepulturero.
Un día todos sabemos
hacer justicia. Tan bien como el rey hebreo
la hizo Sancho el escudero
y el villano Pedro Crespo.

Que no hagan callo las cosas ni en el alma ni en el cuerpo.
Pasar por todo una vez, una vez sólo y ligero,
ligero, siempre ligero.

Sensibles a todo viento
y bajo todos los cielos,
poetas, nunca cantemos
la vida de un mismo pueblo
ni la flor de un solo huerto.
Que sean todos los pueblos
y todos los huertos nuestros.



BIBLIOGRAFÍA
- Huellas de dolor y esperanza. (Antología poética de Pablo Neruda, Nicolás Guillén y León Felipe). 5ª Edición. Editores Mexicanos Unidos. S.A. México, 1984.
- Diálogos con América, de Mauricio De La Selva, México, 1964.
- Ernesto Che Guevara: Obra revolucionaria, Selección y prólogo de Roberto Fernández Retamar. ERA, México, 1979.

León Felipe departiendo con amigos en México.

Carta del Che Guevara a León Felipe...

Diferentes facetas del Che Guevara: abajo con sus hijos, arriba en las calles de Madrid y a la izquierda en un acto público.

Sr. León Felipe
Editorial Grijalbo, S.A.
Avenida Las Granjas, 82
México 16, D.F.

Agosto 21 de 1964
"Año de la Economía"

Maestro:

Hace ya varios años, al tomar el poder la revolución, recibí su último libro, dedicado por Ud.
Nunca se lo agradecí, pero siempre lo tuve muy presente. Tal vez le interese saber que uno de los dos o tres libros que tengo en mi cabecera es El Ciervo; pocas veces puedo leerlo porque todavía en Cuba dormir, dejar el tiempo sin llenar con algo o descansar, simplemente, es un pecado de lesa dirigencia.
El otro día asistí a un acto de gran significación para mí. La sala estaba atestada de obreros entusiastas y había un clima de hombre nuevo en el ambiente. Me afloró una gota del poeta fracasado que llevo dentro y recurrí a Ud.(*), para polemizar a la distancia.
Es mi homenaje, le ruego que así lo interprete.
Si se siente tentado por el desafío, la invitación vale.
Con sincera admiración y aprecio.

Cmdte. Ernesto Che Guevara

Luis Alvarenga aclara, -en nota remitida hace cierto tiempo, cuando estaba incorporado al Co Latino-, que el Che se refiere al discurso *"Una actitud nueva ante el trabajo"*, de agosto de 1964.
Che habla de León Felipe como de *"un viejo poeta que está llegando al final de su vida, que vio la causa política, que defendiera la República española, caer hace años; que desde entonces siguió en el exilio, y que vive hoy en México"*.

* El poema al que se refiere Che, dice:

"*...Pero el hombre es un niño laborioso y estúpido*
que ha convertido el trabajo en una sudorosa jornada,
convirtió el palo del tambor en una azada
y en vez de tocar sobre la tierra una canción de júbilo,
se puso a cavar...".

Che, (nos ilustraba de nuevo Luis Alvarenga), estaba citando de memoria:

"Quiere decir que nadie ha podido cavar al ritmo del sol,
y que nadie todavía ha cortado una espiga
con amor y con gracia ".

Mauricio de La Selva en su libro *Diálogos con América*, nos lleva hasta el segundo piso de las calles de Miguel Schultz, donde está situado el apartamento de León Felipe, con él entramos al estudio del vate, y escuchamos al insigne español recordando sus viajes por América; al referirse a El Salvador, no podemos menos que emocionarnos orgullosamente, como cuando escuchamos las sagradas notas de nuestro himno nacional, León Felipe menciona cuatro resonantes nombres: Salarrué, Toruño, Trigueros de León y Claudia Lars.
Curiosidad aparte, -nos recordaba también Luis Alvarenga-, Roque Dalton conoció a León Felipe, precisamente en México.
En este caso, comentamos nosotros, qué dicha más irónica la de los dos exiliados, (Roque y León Felipe), conocerse, compartir la problemática de sus respectivos países, compartir sus poemas, sus inquietudes, sus sueños, su interminable lucha...
Irónica decimos, porque a pesar de haber desaparecido físicamente, siguen siendo objetivamente exiliados en un mundo cada vez más excluyente de la verdad y el humanismo...
Pero nuestra dicha no es irónica, pues los acogemos reivindicando gustosamente sus blasones, en la noble patria de nuestro corazón...
(EACh).

Martiana

La última carta de José Martí

Un día antes de morir, el 18 de mayo de 1895, Martí le escribe a su amigo Manuel Mercado en un campamento cerca de Dos Ríos, la que sería su última carta, considerada su testamento político y visión premonitoria de lo que seria la política imperialista de los Estados Unidos de América en ibero América:

Campamento de Dos Ríos, 18 de mayo de 1895

Señor. Manuel Mercado.

Mi hermano queridísimo: Ya puedo escribir: ya puedo decirle con qué ternura y agradecimiento y respeto lo quiero, y a esa casa que es mía, y mi orgullo y obligación; ya estoy todos los días en peligro de dar mi vida por mi país, y por mi deber— puesto que lo entiendo y tengo ánimos con que realizarlo— de impedir a tiempo con la independencia de Cuba que se extiendan por las Antillas los Estados Unidos y caigan, con esa fuerza más, sobre nuestras tierras de América. Cuanto hice hasta hoy, y haré, es para eso. En silencio ha tenido que ser, y como indirectamente, porque hay cosas que para lograrlas han de andar ocultas, y de proclamarse en lo que son, levantarían dificultades demasiado recias para alcanzar sobre ellas el fin. Las mismas obligaciones menores y públicas de los pueblos —como ese de Vd., y mío—, más vitalmente interesados en impedir que en Cuba se abra, por la anexión de los imperialistas de allá y los españoles, el camino, que se ha de cegar, y con nuestra sangre estamos cegando, de la anexión de los pueblos de nuestra América al Norte revuelto y brutal que los desprecia, — les habrían impedido la adhesión ostensible y ayuda patente a este sacrificio, que se hace en bien inmediato y de ellos.

Viví en el monstruo, y le conozco las entrañas; y mi honda es la de David (...)

José Martí, patriota cubano (1853-1895).

« Reír llorando »

Juan de Dios Peza
[México (1852-1910)].

Viendo a Garrik —actor de la Inglaterra—
el pueblo al aplaudirle le decía:
«Eres el mas gracioso de la tierra
y el más feliz...»
Y el cómico reía.

Víctimas del spleen, los altos lores,
en sus noches más negras y pesadas,
iban a ver al rey de los actores
y cambiaban su spleen en carcajadas.

Una vez, ante un médico famoso,
llegóse un hombre de mirar sombrío:
«Sufro —le dijo—, un mal tan espantoso
como esta palidez del rostro mío.

»Nada me causa encanto ni atractivo;
no me importan mi nombre ni mi suerte
en un eterno spleen muriendo vivo,
y es mi única ilusión, la de la muerte».

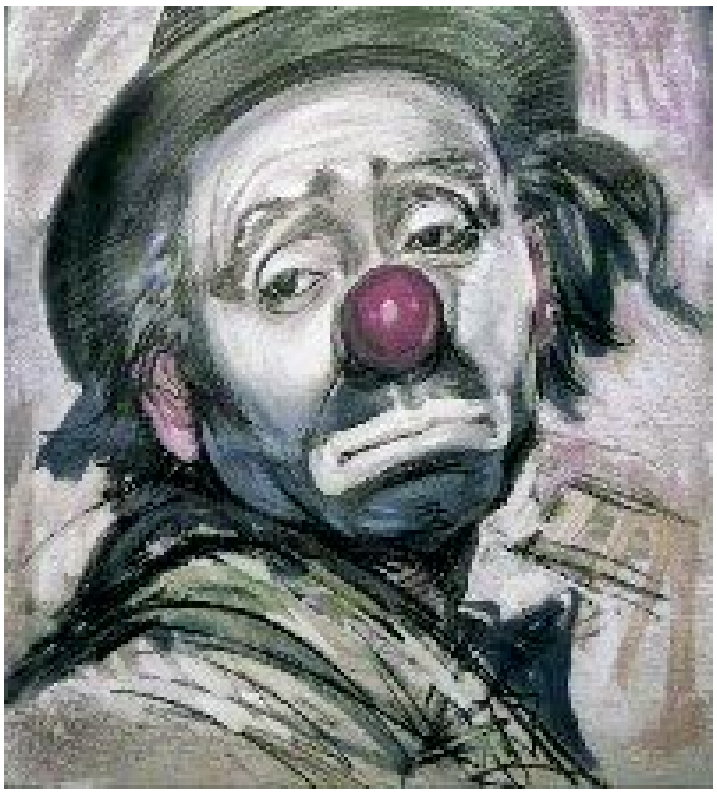
—Viajad y os distraeréis.
— ¡Tanto he viajado!
—Las lecturas buscad.
—¡Tanto he leído!
—Que os ame una mujer.
—¡Si soy amado!
—¡Un título adquirid!
—¡Noble he nacido!

—¿Pobre seréis quizá?
—Tengo riquezas
—¿De lisonjas gustáis?
—¡Tantas escucho!
—¿Que tenéis de familia?
—Mis tristezas
—¿Vais a los cementerios?
—Mucho... mucho...

—¿De vuestra vida actual, tenéis testigos?
—Sí, mas no dejo que me impongan yugos;
yo les llamo a los muertos mis amigos;
y les llamo a los vivos mis verdugos.

—Me deja —agrega el médico— perplejo
vuestro mal y no debo acobardaros;
Tomad hoy por receta este consejo:
sólo viendo a Garrik, podréis curaros.

—¿A Garrik?
—Sí, a Garrik... La más remisa
y austera sociedad le busca ansiosa;
todo aquél que lo ve, muere de risa:
tiene una gracia artística asombrosa.



—¿Y a mí, me hará reír?
—¡Ah!, sí, os lo juro,
él sí y nadie más que él; mas... ¿qué os inquieta?
—Así —dijo el enfermo— no me curo;
¡Yo soy Garrik!... Cambiadme la receta.

¡Cuántos hay que, cansados de la vida,
enfermos de pesar, muertos de tedio,
hacen reír como el actor suicida,
sin encontrar para su mal remedio!

¡Ay! ¡Cuántas veces al reír se llora!
¡Nadie en lo alegre de la risa fíe,
porque en los seres que el dolor devora,
el alma gime cuando el rostro ríe!

Si se muere la fe, si huye la calma,
si sólo abrojos nuestra planta pisa,
lanza a la faz la tempestad del alma,
un relámpago triste: la sonrisa.

El carnaval del mundo engaña tanto,
que las vidas son breves mascaradas;
aquí aprendemos a reír con llanto
y también a llorar con carcajadas.

Spleen: su significado en las letras

El *esplín, spleen, taedio vitae*, fue una actitud de vida propia del romanticismo. La revolución romántica introdujo muchos cambios en el sentido de la vida que el racionalismo propio de la ilustración se había negado a ver, o bien, había tratado de ocultar. Como parte del punto de vista pesimista de la condición humana, el romanticismo desveló las necrofilias y las patologías de la vida humana y una de ellas fue el llamado *esplín*. El término proviene del inglés *(spleen)* y a su vez éste lo tomó del griego (también *spleen*) y se refería, inicialmente, al bazo.
El *esplín* era la melancolía, sentimiento y estado anímico atribuido a una causa moral, más que física del vivir; los hombres de la Edad Media lo llamaban *acedia*, los románticos franceses *ennui de vivre*. Desde la antigüedad este estado de ánimo fue conocido. Los griegos lo llamaban *"bilis negra"* (*melankolia: melas=negro, kholê=bilis*) y se suponía que dicha bilis era producida por el bazo, de ahí que en inglés el nombre dado a este estado surja por asociación del órgano que lo produce. Si en español, y otras muchas lenguas, (incluido el mismo inglés) el término *melancolía* ya formaba parte del lenguaje común, el romanticismo incorporó el término *esplín* para referir este mismo estado de ánimo. Quizá decidieron disociar el término *esplín* del de *melancolía* porque entonces éste significaba una enfermedad mental y el *esplín* era otra cosa: una especie de *"tocamiento divino"*, donde la vulgar locura era demasiado poca cosa.
Con el paso de los años, por causas diferentes, ambos términos han caído en desuso. *Esplín* es una palabra propia de época, que al pasar las modas literarias se olvidó, mientras que *melancolía* fue sustituida por el actual término depresión. En nuestros días vendría a ser, cuando mucho, el síntoma, más que la cosa en sí. De cualquier forma es conveniente mostrar la descripción de *melancolía* que los médicos, en la época de Darío, daban a ese término. Como se podrá ver, entre lo que describen aquellos médicos y lo que decían los poetas respecto de su *esplín* no hay diferencia, más bien, se complementan armónicamente. No por esto queremos reducir un tópico literario a una patología, es simplemente un modo de alcanzar un sentido último, que por contexto cultural y epocal, se nos escapa. Veamos pues al *esplín* como un acto de vida en que los poetas querían presentar, entre otras cosas, lo inaprensible para la razón. En esos tiempos, como se pude evidenciar en el texto citado arriba, no tenía *"traducción"* a lo racional todo aquello que se relacionaba con el *esplín*; otro tanto hicieron los modernistas con temas que siguen siendo inasibles para nuestra razón: la vida después de la vida, el mundo de ultratumba, lo sobrenatural, el panteísmo, etc.
Concluyendo, podemos decir que el *esplín*, aunque tomado como préstamo en la actualidad (acaso como evolución) de los románticos, tomó carta de naturalización en el modernismo vía los poetas malditos franceses como Baudelarie.
En el contexto histórico del poema de Juan de Dios Peza, se sobreentiende, a medida se avanza en el relato, el significado romántico del vocablo, aun sin poseeer un glosario o explicaciones tan abundantes como la presente.

****

¿Quién fue Garrik?

En el siglo XVIII, con la primera revolución industrial, aparecieron las fábricas, los horarios laborales imposibles, el consumismo y, entre otros importantes avances de la humanidad, "las depresiones". Los médicos de la época, ajenos a la futura invención del psicoanálisis y los antidepresivos, tuvieron que recurrir a un remedio natural e infalible para paliar tanta infelicidad: LA RISA.
DAVID GARRICK (1717-1779), fue un reconocido actor inglés del siglo XVIII. Estaba tan extraordinariamente dotado para la comedia, que los médicos recomendaban sus actuaciones como una especie de remedio mágico, capaz de sanar cualquier pena del alma. Podríamos decir que GARRICK, sin saberlo, fue el PRIMER RISATERAPEUTA de la historia.
Inspirado en la vida y obra de DAVID GARRICK, Juan de Dios Peza(1852-1910), escribió el poema que les presentamos para que se deleiten y sensibilicen con las grandes contradicciones humanas representadas en la Literatura.

Juan de Dios Peza

Nace en 1852 en la ciudad de México Juan de Dios Peza, quien es bendecido con una preclara inteligencia, a la vez que con un medio ambiente propicio para desarrollar todos sus talentos, pues al ingresar en 1869 a la Escuela Nacional Preparatoria inmediatamente se convierte en el "estudiante" predilecto de un gran pensador mexicano: Ignacio Ramírez, "El Nigromante"; ahí también fue alumno de Ignacio Manuel Altamirano.[1] Al egresar de ese centro de estudios ingresa a la Escuela de Medicina donde establece gran amistad con otro grande de aquel tiempo: Manuel Acuña, quien lo llega a estimar al grado de llamarlo "hermano". Peza fue un hombre liberal —el liberalismo estaba en boga en aquella época—, su entusiasmo y apasionamiento por dicho movimiento lo llevó a renunciar a sus estudios para entregarse de lleno al periodismo. En 1878 es nombrado segundo secretario de la legación de México en España, al lado de Riva Palacio. Y de nuevo su destino lo lleva a unirse a otras grandes luminarias de aquella época, pues en Madrid se rodea y sociabiliza con personajes como el político Emilio Castelar y escritores como Gaspar Núñez de Arce, Ramón de Campoamor y José Selgas.

Al regresar a México intenta hacer carrera política y es electo diputado al Congreso de la Unión. Siguieron otros cargos públicos, pero sin abandonar las letras; como poeta su estilo es realista, aunque lleno de ternura. Canta al hogar y a sus hijos. Publicó Hogar y Patria, La Lira de la Patria, El Arpa del Amor, Recuerdos y Esperanzas, Flores del Alma y Vinos Festivos. Los Cantos del hogar le dieron gran renombre en México y en el extranjero, y fueron traducidos a varios idiomas. Se trata de una poesía intimista al estilo del español José Selgas. Muere en 1910, año en el cual el país estaba a punto de entrar en otra gran conflagración: la Revolución Mexicana.

Tomado de:http://es.wikipedia.org/wiki/Juan_de_Dios_Peza

El cuento de la semana

«El mandado»

Raymond Carver (E.E.U.U., 1938-1988)

[Traducción: Leandro Arellano, Embajador de México en El Salvador]

Víctima de la tuberculosis, Chéjov murió la madrugada del 3 de julio de 1904, a los 44 años. Según uno de sus biógrafos – Herni Troyat –, cuando Chéjov entró en agonía, el médico que lo cuidaba tuvo un raro momento de inspiración: pidió una botella de champaña. Chéjov bebió una copa y pocos minutos después murió. El detalle del champaña ante la inminencia de la muerte conmovió profundamente a Carver, quien al instante supo que escribiría sobre ese hecho extraordinario. El resultado fue el relato que aquí presentamos. Carver confesó que escribirlo le demandó un gran esfuerzo porque se trataba de una ficción, en el espacio acotado del relato, a partir de un suceso real. Ironía de la vida, fue también uno de los últimos que escribió Carver, a quien la crítica ha llegado a considerar el Chéjov americano, y forma parte del libro El elefante y otros relatos. *En una nota posterior, Carver señala que con este relato quiso hacer un homenaje, restituir en parte algo de lo mucho que debía a Chéjov, a quien consideraba el mejor cuentista que ha existido.*

Leandro Orellana, Embajador de los Estados Unidos Mexicanos en El Salvador

Antón Pávlovich Chéjov, el famoso cuentista ruso

Chéjov: viajó a Moscú la noche del 22 de marzo de 1897 para cenar con su amigo y confidente Alexei Suvorín. Suvorín era un acaudalado editor de libros y diarios, un reaccionario, un hombre hecho gracias a su propio esfuerzo, cuyo padre había sido soldado raso en la batalla de Borodino. Igual que Chéjov, era nieto de un siervo. Eso compartían: llevar sangre campesina en las venas. Por lo demás, por temperamento e ideología, se hallaban muy alejados. Pese a todo, Suvorín era uno de los pocos amigos íntimos de Chéjov y disfrutaba su compañía

Desde luego, acudieron al mejor restaurante de la ciudad, una antigua casona llamada *L´Hermitage*, donde podía llevar horas, la mitad de la noche incluso, dar cuenta de un menú de diez platillos que incluía, sin faltar, varios vinos, licores y café. Como de costumbre, Chéjov iba impecablemente vestido: traje oscuro con chaleco y sus infalibles quevedos. Aquella noche lucía como en la imagen de las fotografías que le fueron tomadas en esa época. Se hallaba relajado, jovial. Estrechó la mano del maitre y con una ojeada dominó el amplio comedor, iluminado por brillantes candelabros. Todas las mesas estaban ocupadas por hombres y mujeres vestidos con elegancia. Los meseros iban y venían sin cesar. Apenas se había sentado a la mesa, frente a Suvorín, cuando de repente, sin más, comenzó a manarle sangre de la boca. Suvorín y dos meseros lo acompañaron al baño y trataron de parar la hemorragia con bolsas de hielo. Suvorín lo condujo de vuelta hasta su propio hotel e hizo prepararle una cama en una de las habitaciones de su piso. Poco después, tras una nueva hemorragia, Chéjov consintió en ser trasladado a una clínica especializada en el tratamiento de tuberculosis y otras infecciones respiratorias. Cuando Suvorín fue a visitarlo, Chéjov se disculpó por el "escándalo" que había armado en el restaurante tres noches antes, pero insistió en que no le ocurría nada grave. "Bromeó y sonrió como siempre", anotó Suvorín en su diario, "mientras escupía sangre en una vasija".

María, su hermana menor, visitó a Chéjov en la clínica durante los últimos días de marzo. El clima era miserable: caía una tormenta de aguanieve y había pilas de nieve congelada por todas partes. Le resultó difícil encontrar un coche que la transportara al hospital. Cuando arribó, iba invadida por el temor y la ansiedad.

"Antón Pavlovich yacía sobre su espalda", escribió María en sus Memorias. "Tenía prohibido hablar. Después de saludarlo me dirigí hacia la mesa para ocultar mis emociones". Allí, confundido entre botellas de champaña, latas de caviar y ramos de flores de sus admiradores, vio algo que la aterró: un dibujo hecho a pulso, trazado a no dudarlo por un especialista, de los pulmones de Chéjov. Se trataba del tipo de boceto que un doctor hace con frecuencia para explicar a su paciente lo que él cree que ocurre. Los pulmones estaban delineados en azul pero la parte de arriba estaba cubierta de rojo. "Comprendí que estaban infectados", escribió María.

Otra de sus visitas fue León Tolstoi. El personal del hospital se quedó estupefacto al tener frente a sí al mayor escritor de su patria, y acaso el hombre más célebre de toda Rusia. Desde luego, le permitieron ver al paciente, no obstante que tenía prohibido recibir visitas no indispensables. Con excesiva zalamería por parte de enfermeras y doctores residentes, el anciano barbado y de aspecto fiero fue conducido al cuarto de Chéjov. A pesar de la baja estima que sentía por Chéjov como dramaturgo (Tolstoi pensaba que su teatro carecía de acción y de visión moral. "¿Adónde van su personajes? preguntó cierta vez a Chéjov. "Van y vienen del sofá al cuarto de cachivaches" le respondió), amaba sus cuentos. Mejor aún, y para acabar pronto, Chéjov le caía bien. Una ocasión comentó a Gorky: "Qué hombre tan extraordinario; modesto y tranquilo como una muchacha. Incluso camina como una muchacha. Es un hombre maravilloso". Y anotó en su diario (todos llevaban un diario en esa época) "Me alegra este cariño que siento por Chéjov."

Tolstoi se deshizo de su chalina de lana y del abrigo de piel de oso y se acomodó en una silla junto a la cama de Chéjov. ¡Qué importaba que Chéjov estuviera bajo tratamiento y tuviera prohibido hablar, no se diga mantener una conversación! Le sorprendió escuchar cómo el Conde empezaba a discurrir sobre su teoría de la inmortalidad del alma. Sobre esa visita, Chéjov escribió tiempo después: "Tolstoi asume que todos los seres (humanos y bestias por igual) hemos de vivir por un principio (como el amor o la razón) cuya esencia y propósito son un misterio... Yo no necesito esa inmortalidad, no la entiendo. Y León Nikolaievich se asombró de que así fuera."

Con todo, Chéjov quedó impresionado por el interés mostrado con su visita. Pero a diferencia del Conde, Chéjov no creía y nunca había creído en la otra vida. No creía en nada que no pudiera percibir por uno o más de su cinco sentidos. En cuanto a su perspectiva de la vida y a su literatura, alguna vez comentó a alguien que carecía de "una visión política, religiosa, o filosófica. La cambio cada mes; así que me restrinjo a describir el modo como mis personajes aman, se casan, nacen, mueren y hablan".

Antes que le fuera diagnosticada su enfermedad, Chéjov había comentado: "Cuando un campesino padece tuberculosis, dice: No hay nada más que yo pueda hacer. Me iré con la primavera, al fundirse la nieve". (Chéjov mismo murió en el verano, durante una ola de calor). Pero cuando le informaron que padecía tuberculosis, a menudo trataba de restar importancia a la seriedad de su condición. En apariencia, hasta el final creyó confiar en que podría sacudirse la afección como si se tratara de un catarro terco. Hasta sus últimos días hablaba con evidente convicción sobre una mejoría. En una carta escrita poco antes de morir, llegó al punto de comentar a su hermana que estaba engordando y se sentía mucho mejor desde que se hallaba en Badenweiler.

Badenweiler es un spa y lugar de recreo, situado al oeste de la Selva Negra, no lejos de Basilea. Los Vosgos están al alcance de la vista casi desde cualquier punto de la ciudad, y en esa época el aire era puro y tonificante. Los rusos acudían allí de tiempo atrás a sumergirse en los baños termales y a pasear en sus bulevares. En junio de 1904 Chéjov fue allí a morir.

Al comenzar ese mes, Chéjov había tenido una jornada difícil en el tren que lo llevó de Moscú a Berlín. Había viajado con su esposa, Olga Knipper, a quien conoció en 1898, durante los ensayos de La gaviota. Sus contemporáneos la describen como una excelente actriz. Era inteligente, hermosa y casi diez años menor que el dramaturgo. Chéjov se sintió atraído por ella en cuanto la conoció, pero le llevó algún tiempo externarlo. Como era habitual, él prefería el coqueteo al matrimonio. Luego de tres años de cortejarla y tras separaciones, cartas e inevitables malentendidos, se casaron en una ceremonia privada en Moscú, el 25 de mayo de 1901. Chéjov era inmensamente feliz. Llamaba a Olga "poni", "perrito", "mi cachorrito". También le gustaba llamarla "pavita" o simplemente "mi vida".

En Berlín, Chéjov visitó al doctor Karl Edwald, reconocido especialista en desórdenes pulmonares. De acuerdo con un testigo, una vez que examinó a Chéjov, el médico levantó sus manos al cielo y abandonó el cuarto sin decir palabra: Chéjov se hallaba fuera del alcance de toda ayuda. El doctor Edwald se enfureció consigo mismo por no poder operar milagros y con Chéjov por haber llegado en aquel estado.

Un periodista ruso visitó casualmente a los Chéjov en su hotel y lo informó a su editor: "Los días de Chéjov están contados. Luce mortalmente enfermo: ha perdido peso, tose permanentemente, jadea buscando aire ante cualquier movimiento y la fiebre no le cede". El mismo periodista había presenciado la partida de los Chéjov en la estación de Postdam, cuando abordaron el tren con destino a Badenweiler. De acuerdo a su informe, Chéjov tuvo problemas para ascender la escalerilla en la estación y debió sentarse unos minutos para recobrar el aliento. Era evidente que le resultaba trabajoso hacer cualquier movimiento. Sus piernas le dolían constantemente, igual que sus órganos internos: la enfermedad le había afectado ya los intestinos y la espina dorsal. Le quedaba menos de un mes de vida. No obstante, cuando Chéjov se refería a su actual condición, lo hacía, al decir de Olga, con temeraria indiferencia.

El doctor Schwöhrer era uno de los muchos médicos de Badenweiler que obtenían jugosos ingresos atendiendo a la gente que acudía al spa en busca de alivio para distintos males. Algunos pacientes estaban realmente enfermos o su salud era débil, otros simplemente viejos e hipocondríacos. Pero Chéjov era un caso especial: su enfermedad era incurable y vivía sus últimos días. También gozaba de mucha fama. Incluso el doctor Schöwhrer lo conocía: había leído algunos cuentos suyos en una revista alemana. Cuando examinó al escritor a principios de junio, comentó su aprecio por el arte de Chéjov pero mantuvo oculta su opinión clínica. Nada más se limitó a recetarle una dieta a base de chocolate, avena bañada con mantequilla y té de fresa. Se suponía que éste ayudaría a Chéjov a dormir por la noche.

El 13 de junio, a menos de tres semanas de su muerte, Chéjov escribió una carta a su madre en la que le informaba que su salud mejoraba. Decía en ella: "Es posible que en una semana haya sanado por completo." ¿Quién puede adivinar por qué dijo eso? ¿En qué pensaba en el fondo? El mismo era médico y lo sabía de cierto: se estaba muriendo. Tan simple e inevitable como eso. A pesar de todo, él se sentaba en el balcón de su cuarto y leía itinerarios de trenes. Se informaba sobre los barcos que hacían la ruta Marsella-Odessa. El lo sabía. A esas alturas él debía saberlo. Sin embargo, en una de las últimas cartas que escribió, comentó a su hermana que cada día se sentía mejor.

De tiempo atrás se le había acabado el ánimo por la literatura. Con dificultades alcanzó a terminar El jardín de lo cerezos el año anterior. Escribir esa obra fue la tarea más ardua de su vida. Hacia el final, apenas si tenía fuerza para escribir seis o siete líneas al día. "Siento una gran desilusión" le escribió a Olga. "Creo que estoy acabado como escritor; cada línea que escribo me resulta vana, inútil." Aun así, no se detuvo y acabó el drama en octubre de 1903. Fue lo último que escribió, excepción hecha de algunas cartas y varias anotaciones en su libreta de apuntes.

Poco después de la medianoche del 2 de julio de 1904, Olga mandó llamar al doctor Schwöhrer. Era una emergencia:

Antón Chejov y su amada, identificada como Knipper

Chéjov deliraba. Por casualidad, dos jóvenes vacacionistas rusos ocupaban el cuarto vecino y Olga se apresuró a contarles lo que ocurría. Uno de ellos dormía ya en su cama pero el otro se hallaba despierto, fumando y leyendo. Salió corriendo del hotel en busca del doctor. "Todavía puedo escuchar el sonido de la grava bajo sus pisadas, en el silencio de aquella noche asfixiante" anotó más tarde Olga en sus Memorias. Chéjov alucinaba, hablaba de unos marineros y decía algo acerca de Japón. "No se debe poner hielo en un estómago vacío" le dijo a Olga cuando ella trató de colocar una bolsa de hielo en su pecho.

Llegó el doctor Schwöhrer y desempacó su maletín, manteniendo su mirada fija en Chéjov, que jadeaba en la cama. Las pupilas del enfermo estaban dilatadas y el sudor resplandecía en sus sienes. El rostro del doctor no se alteró, no era un hombre impresionable. Pero advirtió que el fin de Chéjov estaba próximo. Sin embargo él era médico, y como tal, tenía el compromiso de hacer todo lo que pudiera. Además, Chéjov, así fuera débilmente, se mantenía aferrado a la vida. El doctor preparó la jeringa y le administró una inyección de alcanfor, lo que debería ayudarle a acelerar el corazón. Pero no sirvió de nada como, por supuesto, nada podía servir ya. Todavía el doctor informó a Olga su intención de enviar a traer oxígeno. Pero de repente Chéjov se incorporó y con cabal lucidez dijo en voz baja: "Para qué, antes de que llegue ya seré un cadáver".

El doctor se atusó el enorme bigote y observó a Chéjov, quien tenía las mejillas hundidas, cenizas, estaba pálido y chirriaba al respirar. El doctor supo que era cuestión de minutos. Sin decir palabra, sin consultarlo con Olga, el doctor caminó hasta un nicho donde había un teléfono en la pared y leyó las instrucciones para su uso. Si lo activaba sosteniendo el dedo sobre un botón y giraba una manija al lado del aparato, podía llamar a la parte baja del hotel: la cocina. Levantó el receptor, lo puso en su oído y siguió las instrucciones. Cuando por fin alguien contestó, el doctor ordenó una botella del mejor champaña que tuviera el hotel. Le preguntaron cuántas copas requería. "Tres", respondió el médico gritando por la bocina, "Y apresúrese ¿me escucha?" Fue uno de esos raros momentos de inspiración que con el tiempo se pasan por alto, porque el hecho es tan propio que parece inevitable.

Llevó el champaña un muchacho de aspecto cansado y con el cabello rubio despeinado. Los pantalones de su uniforme estaban arrugados, los pliegues borrados y en su premura había olvidado cerrar una presilla de la chaqueta. Tenía la apariencia de quien ha estado descansando (hundido en un sillón, dormitando digamos) cuando a la distancia irrumpió el teléfono en esa hora temprana de la mañana. ¡Por Dios! Enseguida sintió que lo despertaba uno de sus superiores para ordenarle que llevara una botella de Moët al cuarto 211. "Y apresúrate, me oyes."

El muchacho entró a la habitación con una hielera de plata y el champaña, así como con una bandeja y tres copas de cristal cortado. Dispuso un sitio en la mesa para la hielera y las copas, mientras estiraba el cuello hacia el otro cuarto, donde alguien resollaba estruendosamente. Era un sonido horrible, desgarrador. El muchacho bajó la barbilla y se alejó en cuanto el ronquido del pecho empeoró. Distraído, miró por la ventana abierta hacia la ciudad a oscuras. Luego, el hombre imponente y de espeso bigote le puso unas monedas en la mano –una buena propina según pudo advertirlo – y de pronto se halló frente a la puerta abierta. Dio algunos pasos y cuando bajó al descanso, abrió su mano y miró las monedas con asombro.

Con orden, como acostumbraba hacer todo, el doctor se ocupó en descorchar la botella. Lo hizo de modo tal que la explosión fuera mínima. Vertió el champaña en las tres copas y mecánicamente volvió a poner el corcho en el cuello de la botella. Acto seguido tomó las copas y se acercó a la cama. Por unos momentos Olga soltó la mano de Chéjov –le quemaba los dedos, diría después –y colocó otra almohada bajo su cabeza. Luego puso la copa fría en la palma de la mano de Chéjov y se cercioró que sus dedos la sujetaran. Intercambiaron miradas Chéjov, Olga y el doctor Scwöhrer. No chocaron las copas ni brindaron. ¿Qué motivo había para celebrar? ¿La muerte? Chéjov reunió las fuerzas que le quedaban y dijo: "Hace mucho tiempo que no bebía champaña". Alzó la copa hasta sus labios y bebió. Uno o dos minutos más tarde Olga retiró la copa vacía de su mano y la puso sobre la mesita de noche. Entonces Chéjov se volteó de lado, cerró sus ojos y suspiró. Un minuto después cesó su respiración.

El doctor levantó de sobre la sábana la mano de Chéjov. Puso sus dedos alrededor de la muñeca del escritor y extrajo un reloj de oro del bolsillo de su chaleco, del que abrió la tapa. El segundero avanzaba lenta, muy lentamente. Lo observó girar tres veces en redondo esperando señales del pulso. Eran las tres de la mañana y el calor en el cuarto todavía sofocaba. Badenweiler se hallaba bajo la peor ola de calor en años. Las ventanas de ambos cuartos estaba de par en par pero no había ni señales de brisa. Una enorme mariposa nocturna de alas negras se coló por la ventana y fue a estrellarse violentamente contra la lámpara eléctrica. El doctor soltó la muñeca de Chéjov y dijo: "Se acabó". Cerró la tapa de su reloj y lo devolvió al bolsillo del chaleco.

Al instante Olga secó sus ojos y se recompuso. Agradeció su visita al doctor. El le preguntó si deseaba algún tranquilizante, láudano quizás, o unas gotas de valeriana. Ella negó con un movimiento de cabeza. Pero había algo que quería pedirle: antes que lo notificara a las autoridades y se enterara la prensa, antes que llegara el momento en que Chéjov no pudiera estar más bajo su cuidado, deseaba quedarse un rato a solas con él. ¿Le podía ayudar con eso? ¿Podía mantener en secreto lo que acababa de ocurrir, aunque fuera por un rato nada más?

El doctor se alisó el bigote con el dorso de un dedo. ¿Por qué no? Después de todo ¿qué diferencia podía tener para cualquiera si lo sucedido se anunciaba ahora o unas horas más tarde? El único detalle pendiente era llenar el certificado de defunción, lo cual bien podía hacer más tarde en su oficina, luego de que durmiera algunas horas. El doctor asintió con la cabeza y se preparó para salir. Murmuró unas palabras de condolencia. Olga inclinó la cabeza. "Ha sido un honor" dijo el doctor Schwöhrer. Cogió su maletín y abandonó el cuarto, y para el caso, la historia.

Fue en ese momento cuando el corcho de la botella salió disparado. La espuma se derramó sobre la mesa. Olga volvió al lado de Chéjov. Se sentó sobre un escabel sosteniendo la mano del escritor y le acariciaba el rostro de vez en vez. "No se escuchaba ni una voz, ningún sonido del exterior", escribiría Olga. "Sólo sentía la paz, la belleza y el esplendor de la muerte".

Permaneció junto a Chéjov hasta que amaneció, cuando los tordos ya comenzaban a gorjear en el jardín. Luego advirtió ruido de mesas y sillas que acomodaban abajo y, a poco, el rumor de voces. En ese momento llamaron a su puerta. Pensó que debía tratarse de algún funcionario, del forense, o de algún policía con preguntas qué hacer y formularios para llenar; o quizás, sólo quizás, podía tratarse del doctor Schwöhrer, que regresaba acompañado del agente funerario para embalsamar los restos de Chéjov y enviarlos de vuelta a Rusia.

Pero resultó ser el mismo muchacho rubio que horas antes había traído el champaña. Sin embargo, esta vez el muchacho llevaba los pantalones del uniforme correctamente planchados, los pliegues del frente bien marcados y abrochados todos los botones de su reluciente chaqueta verde. Parecía otra persona. No sólo iba totalmente despierto sino que se había rasurado las mejillas regordetas, llevaba el cabello bien peinado y parecía ansioso por agradar. Sostenía en la mano un florero de porcelana con tres rosas amarillas de tallo largo. Se las ofreció a Olga con un simpático choque de sus tacones. Ella retrocedió permitiéndole pasar a la habitación. El le dijo que iba a levantar las copas, la hielera, la bandeja, sí, pero a la vez quería informarle que debido al intenso calor, el desayuno sería servido esa mañana en el jardín. Confió en que el calor no le resultara muy agobiante y se disculpó por ello.

La mujer parecía distraída. Mientras él hablaba, ella apartó la vista y miró hacia abajo, a algo que había en la alfombra. Cruzó los brazos y los sostuvo con los codos. Entretanto él, todavía con el florero en las manos, en espera de una indicación, observó detenidamente la habitación. La luz brillante del sol se derramaba por las ventanas abiertas. El cuarto estaba ordenado y tranquilo, casi intacto. No había ropa sobre las sillas, ni zapatos, calcetines, tirantes o sostenes a la vista, como tampoco maletas abiertas. En una palabra, no había nada fuera de lugar; nada salvo los pesados y ordinarios muebles que componen el mobiliario de un cuarto de hotel. Entonces, al ver que ella seguía mirando al piso, él también bajó la mirada y descubrió al instante un corcho cerca del zapato de Olga. La mujer no lo veía, pues miraba en otra dirección. El muchacho quiso inclinarse a recogerlo pero aún sostenía las rosas en la mano y temió parecer un intruso atrayendo la atención sobre él. Muy a su pesar dejó el corcho donde estaba y alzó la vista. Todo se hallaba en orden excepto la botella de champaña descorchada y a medio consumir, colocada en la mesa junto a dos copas. Echó otra mirada. Por la puerta abierta observó que la tercera copa seguía en el dormitorio, sobre la mesita de noche. Pero todavía alguien ocupaba la cama. No pudo distinguir quién era, pero el bulto bajo las sábanas permanecía inmóvil y callado. Volvió la vista a otro lado y por una razón que no comprendía lo invadió una sensación de inquietud. Aclaró su garganta y recargó su peso en la otra pierna. La mujer seguía imperturbable. El muchacho sintió que le ardían las mejillas. Se le ocurrió, sin pensarlo del todo, que quizás debía sugerir una alternativa al desayuno en el jardín. Tosió, confiado en atraer así la atención de la mujer, pero ella no lo notó. Los distinguidos huéspedes extranjeros, dijo, podían tomar el desayuno en sus habitaciones si así lo deseaban. El muchacho (cuyo nombre no sobrevivió y es probable que haya muerto en la Primera Guerra Mundial) dijo que con gusto subiría la bandeja. Dos bandejas, añadió, atisbando una vez más hacia el dormitorio.

Después enmudeció y se pasó un dedo por el interior del cuello. No entendía. No estaba seguro siquiera que la mujer lo hubiera escuchado. No supo qué más podía hacer; y aún mantenía el florero en la mano. El aroma dulzón de las rosas inundó su nariz e inexplicablemente le produjo una punzada dolorosa. Durante el tiempo que llevaba ahí, aparentemente la mujer no lo había escuchado, hundida como estaba en sus pensamientos. Era como si todo el tiempo que permaneció hablando allí de pie, apoyando su peso en una u otra pierna, sosteniendo las flores, ella hubiera estado en otro sitio, en algún lugar alejado de Badenweiler. Pero al fin volvía en sí, su gesto adquiría otra expresión. Alzó la vista, lo miró y movió la cabeza. Parecía esforzarse por entender qué diablos hacía ese muchacho allí con un florero y tres rosas amarillas. ¿Flores? Ella no había encargado flores.

Pasó el instante. Anduvo hasta donde se hallaba su bolso de mano y pescó unas monedas. También extrajo unos billetes. El muchacho se enjugó los labios con la lengua: otra propina generosa. ¿Ahora por qué? ¿Qué le pediría esta vez? Nunca antes había atendido a huéspedes así. Y aclaró su garganta de nuevo.

La mujer le dijo que no desayunaría; al menos no todavía. Desayunar no era importante esa mañana. Pero tenía necesidad de algo más. Necesitaba que fuera a llamar al agente funerario. ¿Comprendía? Herr Chéjov ha muerto, ve usted. Comprenez-vous? Antón Chéjov ha muerto. Ahora escúcheme con atención, le dijo. Le pedía que bajase y preguntara a alguien en la recepción dónde podía encontrar al agente funerario más respetable de la ciudad. Alguien de confianza, escrupuloso con su trabajo y de modales discretos. En suma: un agente funerario digno de un gran artista. Tome, le dijo, al tiempo que le entregaba el dinero. Informe abajo que le he encomendado a usted específicamente hacerme este mandado. ¿Me escucha? ¿Entiende lo que le estoy pidiendo?

El muchacho luchó por entender lo que ella le decía. Decidió no mirar más hacia el otro cuarto. Había presentido que algo no andaba bien. Advirtió que su corazón le latía con fuerza bajo la chaqueta y que el sudor asomaba a su frente. No supo adónde dirigir la vista y quería colocar el florero en alguna parte.

Hágame este favor, le dijo la mujer. Le quedaré siempre agradecida. Infórmeles abajo que insisto en ello. Dígales eso. Y por favor tenga cuidado en no llamar la atención sobre usted o sobre lo ocurrido. Diga únicamente que es indispensable, que yo se lo pedí, eso es todo. ¿Me escucha? Diga algo si me entiende. Pero sobre todo, no cause ninguna inquietud. Todo lo que sigue, el tumulto y lo demás, vendrán pronto. Lo peor ya pasó. ¿Me entiende?

La cara del muchacho se había puesto lívida, pero se mantuvo rígido sosteniendo el florero. Acertó a asentir con la cabeza.

Luego de obtener la autorización para salir del hotel, el muchacho debería salir serena y resueltamente por el agente funerario, pero sin precipitaciones. Debería conducirse exactamente como quien hace un importante mandado, no más. Estaba haciendo un importante mandado, le dijo Olga. Y si contribuía al mejor cumplimiento de su encargo, debería imaginarse a sí mismo como quien avanza en una acera repleta llevando un florero de porcelana lleno de rosas, que debe entregar a una persona importante. (Olga hablaba en voz baja, casi en un susurro, como si se dirigiera a un pariente o a un amigo). Incluso podía pensar que la persona que le aguardaba se hallaba impaciente por recibir las rosas. Sin embargo, no debería exaltarse y correr, ni perder el paso, no olvidar que llevaba un florero. Debería caminar con energía pero guardando toda la compostura posible. Debería mantenerse así hasta llegar a la funeraria. Ya frente a la puerta, debía levantar la aldaba, y luego, dejarla caer una, dos, tres veces. Un minuto después, se asomaría el agente.

El hombre sería un cuarentón, cincuentón si acaso, calvo, fornido, con anteojos de metal montados sobre la punta de la nariz. Sería mesurado, discreto, un hombre de los que sólo hacen preguntas directas e indispensables. Un delantal. De contado llevaría un delantal. Incluso podría estarse frotando las manos con una toalla oscura, mientras escucha lo que se le dice. Su ropa olería vagamente a aldehído fórmico. Eso era normal y el muchacho no debería preocuparse. Pronto sería adulto y esas cosas no deberían producirle temor o repulsión. El agente lo escucharía hasta el final. Sería un hombre reservado y de temple, alguien capaz de ahuyentar el temor de las personas en situaciones como ésta, y no aumentarlo. De años atrás estaría habituado al trato cotidiano con la muerte, en sus distintas apariencias y disfraces; de modo que para él no habría secretos ni sorpresas. Este era el hombre cuyos servicios se requerían esa mañana.

El agente funerario toma en sus manos el florero. Una sola vez, mientras habla el muchacho, un leve parpadeo traiciona al hombre, lo que indica que no ha escuchado nada fuera de lo común. Pero en el momento en que el muchacho menciona el nombre del muerto, los párpados del hombre se alzan un poco. ¿Chéjov, ha dicho usted? Aguarde, en un minuto lo acompaño.

¿Entiende lo que le digo? le pregunta Olga al muchacho. Deje ahí las copas. No se preocupe por ellas. Olvide todo eso. Deje el cuarto como está. Todo está dispuesto ya. Estamos listos. ¿Puede ir ya?

Pero en aquel momento el muchacho pensaba en el corcho que seguía junto a la punta de su zapato. Levantarlo demandaba que él se inclinara sin soltar el florero. Eso haría. Se agachó, y sin mirar hacia abajo lo alcanzó y lo envolvió en su mano.

Raymond Clevie Carver, Jr. (25 de mayo de 1938 — 2 de agosto de 1988), escritor estadounidense adscrito al llamado realismo sucio. Nació en Clatskanie, Oregón y creció en Yakima, Washington. Su padre trabajaba en un aserradero y era alcohólico. Su madre trabajaba como camarera y vendedora. Tuvo un único hermano llamado James Franklyn Carver que nació en 1943.

Durante algún tiempo, Carver estudió bajo la tutela del escritor John Gardner, en el Chico State College, en Chico, California. Publicó un sinnúmero de relatos en revistas y periódicos, incluyendo el New Yorker y Esquire, que en su mayoría narran la vida de obreros y gente de las clases desfavorecidas de la sociedad estadounidense. Sus historias han sido incluidas en algunas de las más prestigiosas compilaciones estadounidenses: Best American Short Stories y el Premio O. Henry de relatos cortos. Carver estuvo casado dos veces. Su segunda esposa fue la poetisa Tess Galagher. Alcohólico, cuyos efectos se manifiestan en algunos de sus personajes, Carver permaneció sobrio los últimos diez años de su vida. Era un gran amigo de Tobias Wolff y de Richard Ford, escritores también del realismo sucio. En 1988, fue investido por la Academia Americana de Artes y Letras.

Los críticos asocian los escritos de Carver al minimalismo y le consideran el padre de la citada corriente del realismo sucio. En la época de su muerte Carver era considerado un escritor de moda, un icono que América *"no podría darse el lujo de perder"*, según Richar Gottlieb, entonces editor de New Yorker. Sin duda era su mejor cuentista, quizá el mejor del siglo junto a Chéjov, en palabras del escritor chileno Roberto Bolaño. Al hilo de esta idea cabe destacar un soberbio cuento dedicado a los últimos días del referido escritor ruso de nombre *"Tres rosas amarillas"*.

Su editor en Esquire, Gordon Lish, desempeñó un papel decisivo en concebir el estilo de la prosa de Carver. Por ejemplo, donde Gardner recomendaba a Carver usar 15 palabras en lugar de 25, Lish le instaba a usar 5 en lugar de 15. Durante este tiempo, Carver también envió su poesía a James Dickey, entonces editor de poesía de Esquire. Murió en Port Angeles, Washington, de cáncer de pulmón, a los 50 años de edad.

Tomado de: http://es.wikipedia.org/wiki/Raymond_Carver

El poema de la semana

«Poema de los más bajos fondos»*

Salvador Juárez (Salvadoreño)

(Al Che ¿y por qué al Che? si sólo un acto providencial podía levantarme de mi caso desesperado, en mi situación de moribundo, para ahora cantar, ya restituido, al amor y la esperanza, y anunciar que "¡sí se puede salir de esos fondos despiadados!")

El Che Guevara, prisionero en La Higuera, Bolivia. en este sitio fue capturado y posteriormente asesinado, convirtiéndose en el ícono de la lucha de los oprimidos y los marginados en el mundo entero.

¿Y qué ando haciendo aquí,
en plena madrugada,
sin rumbo en estas calles solas,
¡tremendamente solas!?…
¿Hacia dónde me encaminan
estos pasos que más me entristecen
cuando ni huellas dejan
por mi cuerpo sin su estatura,
sin el peso que disecó el coche-bomba,
que se chupó la pipa de un solo jalón?
¿Qué suerte me espera
en este cantón donde me he apoltronado,
si esta angustia
por tal de saciarse
es capaz de empeñar mi alma
y vender a mi familia?

¿Qué fortuna me he quedado buscando
a tientas en el suelo,
como ciego desesperado
queriendo tactar una migaja no sé de qué
que me exaspera hasta el delirio.
Y en el desatino
confundo una micra de indigencia
con el pedacito de sustancia que rastreo enloquecido?
¿Qué me hace clavarme tras las champas,
en el fondo donde terminan las gradas del suburbio,
a la orilla del Acelhuate,
en los linderos de la peor marginalidad?
¿Qué fuerza me impide dar un paso
hacia la verdadera realidad,
aunque las ganas de salir del infierno
también sean poderosas…?
Hay una impotencia hasta el tuétano del alma
que acurruca al hombre más pintado
y a mí me hace esconderme de todo y de nada,
sombristo en la esquina de los tétricos callejones.
¡Es el pánico que transpiran
las imaginaciones peregueteadas a mil!
y allí, ¡bufa esa desesperación indescriptible!
Y cualquiera llora al verse topado al cerco del infortunio.
Más si repara en que su alado ser
ha quedado completamente chuña.
Así como vengo por estas calles
barrileando con la esperanza de hallar aunque sea
un par de cachos,
que aunque no sean a mi medida está bien,
y aunque un zapato no sea igual que el otro
me da lo mismo…!
Al menos quisiera oír el ruido de mis pasos
para espantar mi soledad en estas calles
y que la vergüenza no entre como el frío por mis talones.

Pues sentado en esta cuneta
siento que mis dedos se esconden de pena
al recordar aquellos otros pies de hombre en las Higueras.
Aquel hombre que hasta sus pies fulguraron tan bellos
al caer en el arrojo de sus caminos soñados
y no estos designios de los más bajos fondos,
ni esta vida desperdiciada inútilmente.
¡Oh cristo de los pobres,
apiádate de estas otras víctimas del sistema que tánto combatiste!
¿Qué no ves que con mi cabeza agachada
entre los brazos sobre mis rodillas estoy llorando?
Y tú no inculcaste esta calamitosa especie,
sino la conciencia ascendiendo a los más altos escalones humanos.
¡Vuélveme a dar tus luces,
que esta madrugada sin lucero
hace más oscuro el trecho en la deriva!
Así, no quisiera pronunciar ningún mañana,
ni que amaneciera nunca.
¡Mira las fachas en que me va a encontrar el día!

Y si alguna vez puedo salir de esta manigua de la existencia,
haz que no olvide esta cruz-calle sin nombre,
esta zona de alta peligrosidad
donde mareros, ladrones y drogadictos
llevamos el mismo estigma,
somos los mismos espectros en la ciudad sin ley.
Ah, y que no me olvide de este tragante de las aguas negras
por donde se fueron mis lágrimas mugrosas,
ni que tú fuiste uno de los que nos levantaron
para establecer los nuevos rumbos…
De aquí ha de nacer un pelotón de hombres restaurados
entre los nuevos contingentes de tu estrategia.
¡Y sudarán sus manos por asirse al futuro!
¡Sumaremos más los que no encontramos
en qué emplear bien nuestras vidas…!

**Del libro: Testamento Inconcluso,*
Salvador Juárez,
Primera edición,
abril 2003.

Glosario

Coche-bomba: Pomo que contiene alcohol etílico, para uso externo, pero que es consumido por alcohólicos crónicos de la calle.
Pipa: Instrumento preparado para fumar el "crack".
Cantón: Caliche que designa la jurisdicción donde más se expende y consume droga. O que reúne a determinada pandilla.
Peregueteadas: En carrera veloz.
Chuña: Descalzo. Así se dice de quienes no usan calzado por razones socioeconómicas: "Es un chuña", "anda chuña".
Cachos: Zapatos viejos, desechados. Ahora aplícase corrientemente para designar incluso un par de zapatos nuevos.

Estimado Vladimir:

He aquí algo QUE LE DEDICO AL CHE, desde mis bajos fondos, y que tiene aceptación este poema por el tema de la calle, donde "mareros, ladrones y adictos" somos primos. Ojalá te interese para el MES DEL HOMBRE EXTRAORDINARIO QUE VISIONABA EL HOMBRE NUEVO. Mi gratitud por los espacios. Y mi saludo fraterno.

Chamba Juárez. Apopa, 7 octubre 2009